

TRIDUO

DADO POR EL R.P. DE CLORIVIERE

A LAS PRIMERAS HIJAS DEL C. DE M. EN PARIS

En este pequeño retiro de 3 días, daré dos pláticas por día. En la de la mañana me propondré exponer la naturaleza de la Sociedad del Corazón de María; las de la tarde serán conferencias sobre los votos substanciales de religión que se deban guardar con cuidado desde el momento de la Consagración en la Sociedad, aunque haciendo esta Consagración no se contrae ningún compromiso definitivo.

(Extracto de una carta del R.P. de Clorivière a la señorita d'Esterno).

PRIMERA PLATICA

“Eccer mater tua”. (Jean XIX, 27)
He ahí a tu Madre.

Estas palabras son la divisa de las Hijas del Corazón de María. Es preciso que queden profundamente gravadas en su corazón y que siempre estén presentes en su mente. En ellas encontraremos poderoso motivo para sostenernos y animarnos en la práctica de la perfección de nuestro estado. Para poder penetrar en ellas, examinemos 1º-Cuál es el sentido; 2º- Cuáles son las obligaciones a las cuales nos obliga su recuerdo.

Primer punto.- Es preciso considerarlas: 1º- con relación a Nuestro Señor que las pronuncia; 2º- con relación a María a quien van dirigidas; 3º- con relación a quienes se dirigen.

1º- Como salidas de la boca de Nuestro Señor, estas palabras son: Un testimonio conmovedor de su ternura. Las pronuncia sobre la cruz, poco tiempo antes de expirar; olvida sus dolores para ocuparse de nuestras necesidades.

Después de habernos hecho participar de la cualidad de hijos de Dios, quiere todavía asociarnos a la cualidad de hijos de María, cualidad infinitamente querida a su corazón. Quiere que seamos doblemente sus hermanos. Qué ternura: Jesús no escucha sino su amor, parece haber olvidado nuestra indignidad.

2º- Un beneficio señalado. Nos había dado sus bienes, sus méritos, su doctrina, sus trabajos, sus ejemplos, su cuerpo, su sangre y su vida, solamente le quedaba su Madre, y también nos la da. Quién puede apreciar dignamente la grandeza de este tesoro? Es más rico que el cielo y la tierra, Nuestro Señor nos había dado algo muy grande al dárse nos a sí mismo para reconciliarnos con su Padre; pero este nuevo don encierra todos los dones y nos asegura la felicidad.

3°- Una última prueba de su solicitud como Salvador. El gran negocio de la Redención de los hombres está a punto de ser consumado. Su sangre ha sido derramada por nosotros; pero es para darnos temor si nosotros perdemos un tan gran bien. Nos da a María por Madre, para que Ella nos lo conserve preciosamente. El teme, en cierta manera, su propia justicia, que podríamos provocar por nuestra ingratitud. Nos da a María, por Madre para que tengamos en Ella un lugar de refugio donde podamos estar al abrigo de los rayos de su justa cólera. Qué viva y qué dulce impresión nos debe hacer estas consideraciones.

II.- Teniendo a María por objeto, estas palabras nos muestran:

1°- Que María ha tenido siempre para nosotros sentimientos de Madre y que Ella es, en efecto nuestra Madre. Su amor por nosotros debe medirse por la grandeza de su corazón. Este corazón fue hecho solo para amar; su capacidad es inmensa. “Media charitate contravit”. (Cant. III, 10). Dios lo formó para ser su Madre y la nuestra; El le ha impreso sus mismos sentimientos. El amor de la mas tierna de las Madres no es nada en comparación del suyo, Ella es nuestra Madre, nos dio la vida cuando nos dio a Jesucristo, nuestra verdadera vida; Ella lo fue mas particularmente todavía en este momento en que sus palabras divinas: “Ecce filius tuus”, obraron en su Corazón lo que ellas significaban. Ella vió, desde entonces, en nosotros, a su Hijo único, y ha extendido sobre nosotros ese mismo amor que tiene para su Hijo.

2°- Que Ella siempre nos ha mirado y tratado como sus hijos. Qué no ha hecho, qué no ha sufrido para darnos la vida y para conservárnosla? Esto nos recuerda todos los beneficios que el mundo entero y en particular cada uno de nosotros, le debemos.

3°- Que está siempre lista a hacernos ver que es nuestra Madre. Estas palabras de su Hijo no se han borrado de su recuerdo, hacen sobre Ella siempre la misma impresión; a pesar de nuestras ingratitudes, su amor por nosotros no se altera; su crédito cerca de Dios es inmenso y Ella quiere emplearlo todo entero a favor de sus hijos. Qué consoladoras son estas consideraciones:

III.- Estas palabras son dirigidas: 1°- A todos los hombres y sobre todo a todos los cristianos en general. No hay nadie de aquellos por quienes murió Jesucristo que no tenga a María por madre. Todos serían felices si supieran aprovecharse de un bien tan grande; pero cuántos hijos ingratos y desnaturalizados no piensan en esta tierna Madre sino para ultrajarla:

2°- A los discípulos favoritos del Salvador, más especialmente representados por San Juan. Hay almas a quienes Dios da de una manera especial, a su Santísima Madre. Tales son los mas grandes santos: San Juan Bautista, San José, los Apóstoles, los santos fundadores de Ordenes religiosas y otros grandes santos y otras grandes santas. Es un favor especial, prenda de una santidad eminente. El Señor la comunica, aunque en menor grado, a aquellos a quienes El inspira una gran devoción a su Santa Madre.

3°- Las Hijas del Sagrado Corazón de María tienen por qué creer que ellas son de ese número. No en vano están condecoradas con ese hermoso nombre; no en vano tienen por divisa estas palabras de su Hijo. El Señor les ha dado este nombre para que sepan cómo son queridas de María y el lugar que tienen en su Corazón. Es para ellas prenda de los más preciosos favores. El les ha dado esta divisa para que ellas no duden ni un punto que estas palabras les son particularmente dirigidas. Este debe inspirarles amor por su vocación y animarlas a llenar con cuidado todos los deberes:

Segundo punto – Cuáles son en particular, aquellos que les son mandados?

Primer deber: hacia Jesús. Subid en espíritu al Calvario, contemplad a Nuestro Divino Salvador en la Cruz y a su Santa Madre de pie al pie de la cruz. Escuchemos esta divina palabra: “Ecce Mater tua”, como si el Señor nos la dijera a cada uno de nosotros en particular. Penetremos en el santuario de su alma para ver allí su excesiva ternura; apreciemos la grandeza del don; consideremos cómo es de poderoso y eficaz este medio de salud que se nos ha dado. Quién podría ser tan duro e insensible que no se conmoviera; Sin embargo, cuán pocos se ocupan de él: Cuán pocos piensan en eso: Cuántos, al contrario desconociendo este favor no corresponden a él, sino con el desprecio, el odio, el furor... Quizá yo misma he sido así durante largo tiempo. Pero, Dios mío, perdonadme mis culpas pasadas; confieso mi ingratitud y deseo repararla. Querría, por el reconocimiento más vivo, por el amor más tierno, desagravios de toda la ingratitud y de todo el endurecimiento de los hombres... Eternas gracias es sean dadas, oh Salvador mío, que el cielo y la tierra se unan para alabaros!... No quiero que quede inútil un tan rico tesoro que ponéis entre mis manos. Recurriré siempre a María, como Hija de su Corazón. Me propondré retratar en mí las tan bellas virtudes con las que su Corazón está adornado y poniendo cerca de Vos mi confianza en ella, esperaré cumplir, de esta manera, los deseos que Vos tenéis sobre mi alma.

2do. deber: Hacia María. María tiene para mí los sentimientos de Madre. Ella es mi Madre. Debo tener para Ella sentimientos de hija. Debo ser su hija. Le debo respeto, alabanza, ternura, amor, obediencia. Me ha amado y me ama aunque soy enteramente indigna de su amor. Cómo no amaré a la más perfecta, a la más bella, a la más santa, a la más amable de todas las creaturas? Su grandeza es inefable, cómo no tendré para Ella el respeto más profundo? Su amor para mí sobre pasa todo lo que un espíritu creado puede concebir. Podría poner límites a mi amor por Ella, que sería siempre inferior, por grande que fuera, a todo lo que Ella se merece? Lo que Ella ha hecho por mí pide que yo le haga la Consagración más perfecta de mí misma, de que yo sea capaz. Después de Dios le doy a Ella todo lo que tengo, todo lo que soy; quiero ser toda para Ella, emplear todo para su gloria, mirar todo lo que yo tengo como si le perteneciera: bienes de fortuna, facultades del alma, fuerzas corporales... Lo que Ella está siempre lista a hacer por mí es natural que reanime mi valor. Conoceré muy poco el poder y la bondad de María si me dejo abatir por las dificultades, si temo recurrir a Ella en mis necesidades, si no suspiro a una alta perfección. Es sobre todo para ayudarme en mi vida espiritual que me ha sido dado por Madre.

3er. deber : con relación a nosotros. Debemos estar orgullosos de pertenecer a María. Nada más grande y más glorioso que ser hija de la Reina del Cielo y de la tierra, de la más santa, etc... Este título nos asocia a Jesús y me eleva por encima de los Angeles me da derecho a toda clase de bienes, etc... Ser hija de María es tener sus sentimientos, es conducirse de manera que se los pueda reconocer por sus hijas, y que Ella misma pueda mirarnos como tales. “Si eres hijo de Abraham, has las obras de Abraham”. (Juan VIII, 39).

Tender a la perfección de hija de María, es algo muy sublime, pero no hay nada tan santo que las verdaderas hijas de María no puedan conseguir; muerte perfecta de sí misma, vacío total de las creaturas, unión con Dios, gran parecido con Cristo, he aquí lo que debe proponerse las que quieren ser dignas Hijas del Corazón de María. Este Corazón estará siempre abierto para ellas; y ahí encontrarán abundantemente todo lo que ellas puedan desear para responder a la sublimidad de su vocación.

PLATICA SEGUNDA

“Quodcumque dixerit vobis facite (Juan II, 5).
Haced todo lo que El os diga.

No olvidemos lo que está escrito en el libro de Los Proverbios: “No descuidéis de cumplir lo que os está prescrito por nuestra tierna Madre; con esto aumentaréis vuestra belleza; será como un rico collar alrededor de vuestro cuello”. (Prov. I, 8). No es conveniente observarlo, sobretudo, teniendo presente a María. Damos toda la atención posible a estas palabras; son las únicas que se refieren en el santo Evangelio que sean en general dirigidas a todos los hombres en forma de preceptos y de consejos. Las hemos tomado por divisa, que nos sirvan de regla de conducta. Lo que prescriben es el bien más grande y encierran lo que hay de más perfecto, si penetramos bien su sentido. Este sentido es el que nos esforzaremos ahora en penetrar y haremos enseguida la aplicación a la conducta que debemos seguir.

Primer punto. - Comencemos por el sentido histórico y literal. Se sabe que fue en las Bodas de Caná que fueron pronunciadas y que ellas dieron ocasión al primer milagro de Jesús, cuando convirtió el agua en vino. María, Madre de Jesús, se encontraba en estas bodas; Jesús fue invitado a ellas con sus discípulos, Jesús favorece su presencia y sus gracias a quienes tienen cuidado de honrar a su Madre. El vino falta; María dice a su Hijo: “No tienen vino”. Sus palabras son cortas, pero el Corazón de María habló al Corazón de Jesús y le expuso sus presentes deseos, su tierna compasión, la necesidad de los esposos, que su presencia y la de sus discípulos era en parte la causa, que convenía a su bondad suvenir a esta necesidad, que su gloria lo exigía, etc... Jesús responde: “Mujer, qué hay de común entre tú y yo? Mi hora no es llegada”. Si Jesucristo no dá el nombre de Madre a María, es para enseñar a sus ministros que, en las funciones del santo misterio, no deben mirar a la carne y a la sangre; quería dar a entender que hay en El una naturaleza que es totalmente independiente de su Madre; que es para hacer conocer esta naturaleza divina que va a hacer su primer milagro, a ruego de su Madre; que es a este ruego al que se deberá, porque si María no hubiera rogado, El habría resuelto demorar todavía el darse a conocer al mundo. Estas palabras significan también que su hora la de su Pasión, de su Resurrección y de su Gloria no habían llegado, no era todavía tiempo de manifestar su gloria y el crédito de su Madre, y todo el amor que El tenía por Ella.

Así estas palabras, cuando se las comprende, no tienen nada de duras; y debemos creer que Jesús las pronunció con una dulzura bien capaz de alejar toda amargura. María sintió que había sido escuchada; pero como Ella sabía que Dios quiere que el hombre haga algo de su parte para recibir estos favores, Ella dice a los criados: “Haced todo lo que El os diga”. Es como si ella les hubiera dicho: “He obtenido para vosotros lo que yo pedía, pero no os hagáis indignos de recibirlo; haced de vuestra parte todo lo que mi Hijo os diga”.

Había 6 urnas de piedra que contenían cada una dos o tres medidas. La medida era de cincuenta a sesenta pintas. Se ve que eran de diferentes tamaños y que servían para las purificaciones de los Judíos. Jesús dice: “Llenad las urnas de agua”, y los criados, según se lo había prescrito María, llenaron las urnas o grandes vasos de piedra hasta los bordes. “Tomada ahora de esta agua, les dice Jesús, y llevadla al que preside el festín”. Ellos lo hicieron así, y éste, habiéndola gustado declaró a los esposos que era un vino más excelente que el que hasta ahora había sido servido.

Tal es el sentido literal; este nos muestra, sin duda, cómo es de grande el crédito de la augusta Virgen cerca de su Hijo, sobre todo después de su Resurrección gloriosa; pero si nos detenemos aquí, no encontramos, en las palabras de María, nada que pueda servirnos de regla, al menos directamente. Pasemos al sentido espiritual, sea alegórico, sea moral.

Los santos Padres, sin ningún prejuicio del sentido histórico y literal, han encontrado siempre algo de misterioso en el milagro de las Bodas de Caná. Estas bodas representan la nueva alianza que Jesucristo ha hecho con la Iglesia, en la cual, las ceremonias insuficientes de la Ley, son cambiadas en sacramentos que tienen la virtud de producir en nosotros la gracia, y sobre todo, este admirable sacramento de la Eucaristía, en que el pan y el vino son cambiados substancialmente en el cuerpo y la sangre del Hombre Dios, para servir de alimento y de bebida divinos a los fieles. El Señor ha querido que nosotros nos hagamos deudores de estos beneficios a las oraciones de su Madre, como hizo depender su Encarnación y nuestra redención a su cooperación y a su consentimiento; no dudemos pues que María que, a ejemplo de su Hijo estuvo siempre ocupada del gran negocio de la salvación, no pensó en todas las cosas de las cuales los hombres tenemos necesidad de obtener cuando dijo a su Hijo estas cortas palabras: “No tienen vino”. No diré nada más del sentido alegórico para extenderme más sobre el sentido moral que es el principal objeto de nuestra instrucción.

En este sentido, Jesús es el esposo y el alma fiel es su esposa. Pero qué podrá hacer el alma para hacerse digna de esta divina alianza? No tiene sino su impotencia; todo lo que pueda hacer no es digno de atraer las miradas del Divino Esposo. Esto es lo que presenta nuestra augusta Madre a su Hijo cuando le dice: “No tienen vino”. Ella le pide todas las gracias, todos los favores, todos los dones que nos son necesarios para conseguir la salvación y lo que la perfección tiene de más sublime. Le pide que, todas nuestras acciones, que en sí mismas nada valen, vengan, por su ayuda, todas santas, todas divinas, y que estando nosotros mismos cambiados y transformados en El, seamos perfectamente agradables a la Divina Magestad. Como el Señor, para hacernos esta gracia y elevarnos a este estado de perfección, exige nuestra cooperación, su Santísima Madre, por las palabras que nos dirige, nos hace entender hasta dónde esta cooperación se entiende: “Haced todo lo que El os diga”. Esta sentencia encierra todo, no exceptúa nada; es necesaria una gran atención, una diligencia continua para ejecutar todo lo que dice su Divino Hijo. Qué dijo El antes de acceder a la oración de su Madre? “Llenad de agua estas urnas”.

Estas urnas son nuestros corazones; y el agua es todo lo que puede servir para purificarnos. Es necesario que llenemos nuestros corazones, según su capacidad más o menos grande, y que presentemos en seguida esta agua, es decir, todo el poco bien que hacemos, al Señor del festín, es decir, a Dios mismo, por la intención para que tenemos que contribuir a su gloria. He aquí, en general, el deber que se nos prescribe; es el sentido moral de las palabras de María. Veamos un poco más en particular lo que estas palabras exigen de nosotros.

Punto segundo – Las obras que sirven para purificarnos, para volvernos más agradables a Dios, son de tres clases: las que miran directamente a nuestra perfección; las obras de misericordia y de caridad que ejercen hacia el prójimo en fin, todas aquellas en que se practica más la paciencia, las obras penosas, todos los males temporales, de cualquier naturaleza que sean. Veamos abreviadamente y de un golpe de vista, lo que debemos hacer respecto a cada una de estas obras para obedecer la orden que nos ha dado la Santísima Virgen, de conformarnos con la voluntad de su Divino Hijo: “Quodcunque”...

1°- Nuestra perfección es lo primero que debemos considerar. Lo que nos dice la Santísima Virgen es que esta plenitud ordenada por su divino Hijo nos muestra que no debemos poner límites al deseo que tenemos de la perfección. La menor cosa que exceptuáramos sería contraria a lo que prescribe nuestra augusta Madre; es necesario querer ser toda de Dios; esto supone un vacío completo de las creaturas y de nosotros mismos; es preciso renunciar a todo lo que no es Dios. Renunciar a todo lo que da muerte al alma, es poco; renunciar a todo pecado venial, a todo afecto al pecado venial, es algo; pero no es bastante para llenar los deseos de María y conformarnos en todo con la voluntad de su Hijo. Es preciso renunciar a las imperfecciones morales, a las inclinaciones bajas y terrestres, al amor del placer, de los bienes, de los honores, en una palabra, a mil cosas que, sin ser pecado, conduce al pecado.

Hacer todo lo que nos dice el Salvador, es proponerse adquirir todas las virtudes que están prescritas en el Santo Evangelio, o de las cuales El nos ha dado ejemplo: las que son objeto de las Bienaventuranzas, las virtudes morales, las virtudes teologales; guardar los mandamientos, seguir los consejos, corresponder a todas las santas inspiraciones, a las luces, a las buenas mociones que nos da el espíritu de Jesucristo; es obedecer a todo lo que recomienda la Iglesia de Jesucristo; es no descuidar ninguno de los medios que están en nuestro poder para adelantar en la perfección: oración diaria, presencia de Dios, uso de sacramentos, vigilancia no interrumpida, mortificación continua, silencio, recogimiento, oír la palabra de Dios. La plenitud que pide Nuestro Señor para hacer de en nosotros y de nosotros lo que El quiere hacer, para operar un cambio maravilloso y del todo divino: “Llenad... esta plenitud pide todavía que todo se haga con toda la perfección de que seamos capaces, por los móviles mas perfectos, haciendo cada cosa con todos los detalles que puedan hacerla valer mas; pide esta plenitud que todo en nosotros tienda a Dios; que las potencias de nuestra alma, el entendimiento, la memoria, la voluntad sean llenas de Dios; que nuestras fuerzas, nuestros sentidos, sean empleados para su gloria; que Dios sea todo para nosotros, que no vivamos sino para El; después de haber hecho de esto, referirlo todo a la gloria de Dios, no buscando sino un gusto, no reteniendo nada para nosotros.

“Tomad ahora y llevad al dueño del festín”... Mirémonos como servidores inútiles, como una despreciable nada. He aquí lo que nos recuerda la palabra de María con respecto al cuidado de nuestra perfección. Nuestros deseos deben extenderse a todo, pero en la práctica, cada uno debe, y no puede obrar sino según conozca la Voluntad de Dios y sus designios sobre él, sobre todo por medio de aquellos que tienen el lugar de Dios, nuestros superiores.

La Sociedad de las Hijas del Corazón de María toma de estas palabras que le son dadas como divisa, que puede abrazar todas las diversas clases de perfección y los diversos medios de llegar a ella que se practican en las diversas Ordenes de vírgenes consagradas a Dios. Aquí se puede practicar, según su atractivo, la vida activa, la vida contemplativa, la vida penitente; vivir retirada o darse a las obras de misericordia; Aquella a la cual prometieron ser hijas sumisas y obedientes, la obtendrá todos los recursos de los cuales tengan necesidad para esto.

2°- Las obras de misericordia y de caridad hacia el prójimo, atraen sobre nosotros la misericordia del Señor: “Bienaventurados los misericordiosos porque ellos obtendrán misericordia”. (Math. V, 7). El Señor dijo a los fariseos después de haberles reprochado sus crímenes: “Os queda un medio de repararlos; dad limosna y todo será purificado”. (Luc. XI, 41). Daniel da el mismo consejo a Nabucodonosor, y Tobías a su hijo. El Señor subordina el perdón que nos da, a aquel que nosotros

concedamos a nuestro prójimo. Cuando, pues, María nos dice estas palabras: “Haced todo”... Cuando el Señor nos ordena en seguida llenar las urnas de agua: “Llenad”... debemos entender que no debemos poner, tanto como nos sea posible, límites a nuestras obras de misericordia hacia el prójimo.

Hay diversas obras de misericordia: hay unas que miran al cuerpo: dar de comer a quien tiene hambre, dar de beber a quien tiene sed, vestir a los desnudos, aliviar las enfermedades, visitar a los prisioneros, alojar a los necesitados, etc...

Otros miran al alma y a la salvación: convertir a los pecadores, dar fortaleza a los débiles, ayudar a los buenos, instruir a los ignorantes, impedir los escándalos o los pecados, etc... Es necesario no descuidar ninguna de estas obras en cuanto esté en nuestro poder hacerlas; son todas muy útiles y muy agradables a Dios. Nuestro Señor no habla si no de las primeras en la sentencia que El debe pronunciar al fin del mundo, y El nos dice que es a El mismo a quien ayudamos en la persona del mas pequeño de nuestros hermanos; pero las últimas, las que se dirigen mas directamente a la salvación, son las mas excelentes. Son estas de las que El nos dá mas frecuentemente ejemplo, y es a éstas a las que debemos referir las otras.

Que las Hijas del Sagrado Corazón de María aprovechen con cuidado todas las ocasiones que puedan tener de procurar la salvación del prójimo: la instrucción de las jóvenes de su sexo merece sobre todo su atención, como el medio mas eficaz; que no rehusen el trabajo; quizá pueden creer que trabajan largo tiempo en vano y les parecerá que se dan mucho trabajo para sacar el agua y llenar los vasos de piedra; pero que tengan valor; cuando hayan hecho todo lo posible, Jesucristo vendrá en su ayuda y cambiará el agua en vino.

Que alivien también, lo mas que puedan, las miserias corporales del prójimo. La Sociedad, tanto como le sea posible, extenderá sus cuidados a todo; nada de lo que pueda ser verdaderamente útil, sea para el alma o para el cuerpo, no será extraño para ella. Pero al aplicarse a las Obras de misericordia, de cualquier naturaleza que ellas sean, es preciso hacerlo de una manera perfecta, ver a Cristo en todos aquellos en quienes nos esforzamos para aliviar sus miserias y sus necesidades, crearse muy feliz de poder hacerlo, llevarlo todo con una santa alegría, no quejarse jamás de sus penas, ni de la continuidad del trabajo, y contar por nada todo lo que se ha podido hacer. Qué es esto en efecto, en comparación de todo lo que el Salvador del mundo ha hecho por nosotros? Y es por El por quien servimos al prójimo: esta será la manera de evitar la vanidad que va unida a esta clase de obras exteriores y de cumplir el precepto del Señor: “Tomad ahora y llevad al Señor del festín”. Si algunas veces falta la ocasión del hacer obras de misericordia, es necesario suplirlas por nuestros deseos y por una tierna compasión por las miserias del prójimo; aunque las ocasiones son en gran número, es necesario desear todavía más y que nuestros corazones se dilaten para abrazar a todos los necesitados.

3º- Las obras penosas y los sufrimientos. Por la Cruz hemos sido rescatados; y es llevándola como obtendremos nuestra salvación; por tanto, nada nos es más frecuentemente recomendado en el Santo Evangelio. “Que tome su cruz”. “El que no lleva su cruz no es digno de mi”. Así, llevar su cruz, y toda clase de cruces sin distinción, es lo que nos recomienda nuestra augusta Madre; y su Divino Hijo quiere que nuestras almas, que nuestros corazones, estén llenos de amor a la cruz, que estemos enteramente ocupados en el cuidado de llevarla bien, con perfección. Esto pide:

1°- Una mortificación continua, que consiste, no en las austeridades y maceraciones que usan, aunque son buenas cuando van acompañadas de discreción, pero que no pueden ser jamás continuas; sino en el cuidado constante de velar sobre sí, de reprimir los deseos y las inclinaciones bajas, regular los movimientos, contener los sentidos en los límites del deber, dar a cada acción toda la perfección que se le pueda dar, no dejar entrar nada inútil en su corazón, etc...

2°- Que se reciban con entera resignación todos los acciones de la vida, la crudeza de las estaciones, la indigencia, las enfermedades, los desfallecimientos, las dolencias, con todo el fastidio y el disgusto que las acompaña, y toda la incomodidad de los remedios que es necesario tomar para aliviarlas un poco.

3°- Que se sufra con paciencia todo lo que los hombres puedan hacernos sufrir por su humor, sus defectos, sus injusticias, la opresión, la calumnia, los malos tratos, las injurias, las prisiones, la pérdida de los bienes, etc...

4°- Que se soporten sumisión todas las pruebas que le plazca al Señor enviarnos, el mal que permita a los demonios hacernos sufrir, las tentaciones, los malos pensamientos, las vejaciones, las obsesiones, las arideces, las tinieblas, la privación de toda gracia sensible, la vista de nuestras miserias espirituales y de nuestro poco progreso en la virtud, etc... Para aprovechar todo esto es necesario seguir el consejo que nos da el Sabio: “Recibid todo lo que pueda ser aplicado a vuestro mal, soportadlo por doloroso que sea y tened paciencia de vuestra humillación”. No rehusemos jamás la cruz cuando se nos presente; recibámosla con amor y reconocimiento, como un beneficio señalado; entremos, con respecto a ella, en los sentimientos de Jesús y de María.

Para animarnos, hagamos, algunas veces, un manojo de todas las cruces que se presenten a nuestro espíritu, y llenos de confianza en el auxilio de la gracia, digámosle a Nuestro Señor que no hay ninguna de estas cruces que nosotros no estemos listos a recibir de su mano; la menor excepción le disgustará y nos será muy nociva. Estemos persuadidos que el Señor no nos enviará jamás cruces sin darnos al mismo tiempo gracias mas abundantes para soportarlas. Qué son todas nuestras cruces cerca de las de Jesús y María, en comparación de las recompensas que nos son prometidas, en comparación de las penas eternas que hemos merecido, en comparación de la grandeza y de la malicia de nuestros pecados, en comparación de los bienes que procura la cruz, en comparación del amor de Dios por nosotros? Armémonos frecuentemente de estos pensamientos: “Jesucristo habiendo sufrido en su carne. Pensemos lo mismo para morir a la concupiscencia carnal y cesar de pecar”. (I. Pet. IV, 1).

La cruz bien soportada nos vuelve como impecables. Es entonces cuando el agua se cambia en vino, cuando el alma está divinizada, toda transformada en Jesucristo.

Resumiendo todas estas cosas veremos en ellas a qué perfección está llamada una Hija del Sagrado Corazón de María, y a qué perfección puede llegar con la ayuda de tal Madre.

Esta es la gracia que a todas deseo.....

TERCERA PLATICA

“Non rogo tu tollas sos de mundo, sed tu serves eso a malo. De mundonon sut; sicut ego nonsum de mundo”. (Juan, XVII, 15, 16).

“No te pido que los saques del mundo sino que lo preserves del mal. Ellos no son del mundo, como yo mismo no soy del mundo”.

Vosotros tenéis grandes deberes que cumplir, Hijas del Sagrado Corazón de María. Es necesario que vuestros corazones retraten la imagen de su Corazón y que os esforcéis por desagraciarlo de las ofensas que el infierno aprovecha para hacerla... Hijas dóciles, y fieles discípulas de esta Augusta Virgen, queréis, para conformaros con sus deseos, hacer todo lo que prescribe su Divino Hijo, tender a lo que hay de más perfecto, practicar toda clase de buenas obras hacia el prójimo y llevar sin desmayar la cruz con que Jesucristo os ha cargado.

Pero cómo hacerlo en un estado que no os separa absolutamente del mundo y que por lo mismo os parece poco propio para la mas alta perfección? Yo os respondo que la oración de Nuestro Señor que acabáis de escuchar y en la cual podéis reconoceros tiene cómo disipar vuestras dudas. Ella os muestra:

1º- Que vuestro estado en medio del mundo no tiene nada que deba alarmarnos;

2º- Cuáles son las disposiciones que es necesario esforzarse por tener a fin de alcanzar la perfección. Es lo que en propongo desarrollar en esta plática.

Primer punto. - Acabo de decir que vuestro estado no tiene nada de alarmante y para decíroslo me fundo en las palabras mismas de Nuestro Señor. Ellas me enseñan en efecto, que es un estado que, sin separarnos del mundo, es santo, y no tiene nada demasiado peligroso para nosotros. Es evidente, en efecto, que Nuestro Señor pide a su Padre un estado semejante para sus Apóstoles, un estado que no los separe del mundo; y sin embargo, estaban destinados a lo que hay de mas santo en la santidad. Yo sé que la huída del mundo, una vida de retiro, de silencio y de contemplación, es en sí mas propia para conducirnos a ella, (es decir a la santidad); yo sé que a los que Dios llama a esta vía retirada no tomarán otra, pero deben convenir conmigo que la vía mas santa, la más santificante para nosotros es aquella que es mas conforme a los designios de Dios sobre nosotros; es aquella a la cual El nos ha llamado, porque es en esta vía que El nos ha preparado las gracias y los recursos que nos son necesarios. Yo no hablo solamente de la salvación; es cierto que uno se puede salvar en un estado al que es llamado por Dios, y que ahí la salvación estará más asegurada que en otro estado; pero yo hablo de la perfección, y de la más alta perfección. Las palabras de Jesucristo prueban que es un estado en que, sin estar separado del mundo, se puede tender al colmo de la perfección, y que no se tenderá fuera de ese estado. Los apóstoles no habrían llenado la sublimidad de su vocación si, espantados de los peligros del mundo, se hubieran retirado a la soledad para vacar allí a la contemplación. Es necesario para esto, que fueran como ovejas en medio de lobos, que ellos predicaran sobre los tejados lo que se les había dicho en secreto, que comparecieran delante de los tribunales.

La conversión del mundo, la gloria de Dios lo pedían y sin esto los deseos de santidad que Dios tenía sobre ellos no hubieran estado cumplidos. Este estado no fue solamente para los primeros Apóstoles de Jesucristo. En los primeros siglos de la Iglesia, en los tiempos de persecución, no tenían todavía asilos sagrados donde aquellos querían vivir en un estado de perfección pudieran retirarse del mundo. San Pablo, ermitaño, el primero de los anacoretas, vivió hacia el fin del siglo tercero; y sin embargo, no hay que dudar que Dios llamó entonces también a un gran número de almas a la práctica constante de los consejos evangélicos, que eran en este tiempo particularmente necesarios.

Era entonces, en medio del mundo que vivían, que una manera tan perfecta, y había en todas las condiciones que no son incompatibles con los Consejos Evangélicos. Se puede citar, entre otras, una multitud de lustres vírgenes y mártires que juntaban, a la profesión de una castidad perfecta, la de una parecida a la de Jesucristo y sus Apóstoles.

Hasta después, que la vida cenobítica fue mas usada en la Iglesia, hubo siempre, en el siglo, almas eminentes en santidad, que Nuestro Señor retuvo allí para edificar al resto de los fieles por el buen olor de las virtudes; sin hablar de los santos Pontífices, que fueron en gran número ha habido siempre de todos los rangos y de todas las condiciones que se han santificado en medio de las olas tumultuosas del mundo por la práctica constante de los consejos Evangélicos y que, sin distinguirse exteriormente por su manera de vestir, han llevado una vida enteramente religiosa. No dudemos, pues, estas almas eran del número de aquellas por quienes Nuestro Señor ha hecho esta oración: “Yo no os pido que los saques del mundo”.

Todo nos lleva a creer que el número de nuestras almas será mucho mas grande todavía en los siglos que nos acercan al fin del mundo, porque estos siglos, como podemos fácilmente conjeturar, serán parecidos a los primeros siglos de la Iglesia; que la malicia y la corrupción del mundo está llegando a su colmo, y perseguirán a los fieles a todo trance; que éstos tengan más cuidado que nunca de una gran perfección, y que todos estos santos asilos donde ellos habrán podido retirarse habrán sido destruídos.

Este es el caso en que ya habréis visto que este deseo que tenéis de seguir a Nuestro Señor y a su Santa Madre lo más cerca que os sea posible por la vía de la perfección evangélica viene ciertamente de Dios. Es en esto en lo que consiste la vocación a la vida religiosa. No podréis seguir esta vocación alejándoos del mundo y retirándoos al claustro; es pues una necesidad para vosotras seguir esta vocación en el mundo. Dios os ha indicado, por consiguiente que El no pide de vosotras que para servirle os separéis del mundo y que, aún permaneciendo en él, podréis con la ayuda de la gracia, llegar a la perfección de la vida religiosa. El os ha preparado para esto, los recursos abundantes, porque es a esta vida a la que os llama y El quiere mostrar al mundo la fuerza de su gracia y confundir a aquellos que, aunque separados del mundo, han vivido de una manera demasiado conforme al espíritu del mundo. Y agregó: aunque los claustros sean restablecidos, habrá siempre un gran número de aquellos que Dios llama a la perfección evangélica, que el espíritu de Dios no los llevará a abrazarla en el claustro, pues parece que su existencia será poco sólida y poco durable.

Estáis espantadas a la vista de los peligros del mundo. Este pavor es bueno hasta cierto punto: El os volverá más vigilantes, pero que no llegue hasta haceros creer que sus daños son insuperables e incompatibles con la perfección de la santidad. La vocación de Dios debe aseguraros por encima de todo; meditad la oración que Nuestro Señor ha hecho por vosotros, como por los Apóstoles y un gran número de otros, pidiendo a su Padre, no que los saque del mundo, sino que los preserve del mal que hay en el mundo.

Y cuál es este mal? No son los males temporales, que son uno de los medios, los mas poderosos, de los que se sirve Dios para purificarnos y santificarnos. El nos preserva, y es verdad, de aquellos que los malos atraen sobre sí por su propia malicia, como también de los remedios amargos, arrepentimientos o lamentos inútiles, inquietudes, turbaciones, etc.; pero del contagio del siglo, la caída en el pecado, la muerte en el pecado, del infierno, que le sigue; es el imperio de las pasiones, es la esclavitud del poder de las tinieblas; es, además, todo lo que nos lleva al pecado: son nuestras inclinaciones viciosas, el apego a la tierra, la pendiente del placer, nuestra propia flaqueza, nuestra inconstancia, etc... El Señor nos preserve de todos estos males por gracias interiores mas abundantes, gracias de iluminaciones, de

fuerza de protección, inspiraciones frecuentes, buenos movimientos, dones del Espíritu Santo, favores especiales, unión más íntima, etc... además los medios exteriores. Vosotras los encontraréis en gran número en esta Sociedad religiosa que todas formáis, medios que nosotros tomaremos de la vida cenobítica, y que nos procurarán en parte las ventajas; medios que eran casi enteramente desconocidos en los primeros siglos de la Iglesia.

Aquí encontraréis la edificación mutua, una fuerza más grande que viene de la reunión de las voluntades que tienen todas al bien; reglas comunes, la vigilancia de las Superiores, sus buenos consejos, además de los socorros espirituales, instrucciones más frecuentes, una muy gran caridad de las unas hacia las otras en todas las necesidades del alma y del cuerpo.

Hijas del Sagrado Corazón de María: podréis contar sobre todo, con la protección muy especial de Aquella a quien vosotras os habéis entregado. Ella extenderá sobre vosotras su manto real, Ella os encerrará en su Corazón maternal. Ahí, ni el espíritu del mundo, ni el espíritu del demonio, no podrán dañaros.

Que estas consideraciones disipen vuestros temores y reanimen vuestro valor, convencidas que vuestro estado es conforme a la voluntad de Dios, que podéis llegar aquí a una alta perfección, y que su bondad alejará muy lejos de vosotras los peligros por la abundancia de sus gracias. Bendecidlo porque os ha llamado a este estado, y no penséis ya sino en entrar mas y mas en las disposiciones que El exige de vosotras. Esto es lo que vamos a examinar.

Punto segundo. - Estas disposiciones son:

- 1ª. No ser del mundo
- 2ª. Parecerse a Jesucristo

Están expresadas en estas palabras: “Ellos no son del mundo, como yo mismo no soy del mundo”

1º- No ser del mundo, aunque esté uno con el cuerpo en el mundo, es:

1º- No estar, por el gusto y por su voluntad, en el mundo, sino únicamente por conformarse a la voluntad de Dios. Se odia al mundo como al asesino de Cristo; se tienen gustos enteramente contrarios a los del mundo; se desprecian, se huellan a sus pies las riquezas; se huye con horror de sus placeres, sus alegrías, sus diversiones; se rechazan sus pompas y sus grandezas. Se ama, al contrario, la pobreza, las humillaciones y los sufrimientos; hay alegría cuando se es humillado, maltratado, perseguido; se cree haber encontrado un gran tesoro, la perla preciosa del Evangelio.

2º- Estar muerto al mundo, esto es lo que se hace por los votos substanciales de religión. Estos votos nos constituyen en estado de muerte con respecto al mundo. No es suficiente para una Hija del Sagrado Corazón de María renunciar por un tiempo a las cosas del mundo, no tener afecto a las cosas del mundo; ella quiere una renuncia total, un divorcio eterno con el mundo; ella quiere morir a todos los bienes de la tierra por el voto de pobreza; a su cuerpo por el voto de castidad; a su propia voluntad por el de obediencia; a fin de que, no teniendo ningún bien terrestre, pueda libremente tomar su vuelo hacia el cielo, de manera que se le puedan aplicar estas palabras: “Vos estáis muerta y vuestra vida está oculta con Jesucristo en Dios. No estáis en la carne, sino en el espíritu”.

3º- Hacer guerra continua al mundo. Los partidarios del mundo se colocan bajo el estandarte de Satanás; ella se coloca bajo el estandarte de Jesucristo. Ella no puede, por sí misma, tener paz con el mundo; emplea todos los medios que están a su alcance para destruir el imperio del demonio, para arrancarle las almas que él tiene bajo su esclavitud, y para establecer el reino de Jesucristo en todos los corazones: oraciones, conversaciones, ejemplos...

2°- Ser como Jesucristo en el mundo. Qué sublimidad no da esto a la vida de una Hija del Sagrado Corazón de María:

1°- Sus pensamientos y sus sentimientos. Que son los de Jesucristo. Deben ser sublimes y divinos: Qué pensar de la tierra? Cómo mirar a los hombres? Qué será el tiempo a sus ojos? Verá todo, juzgará todo como lo juzga y lo ve Dios. Qué oración mas continua, qué unión: He aquí lo que, según la debilidad, se propone una Hija de María. Conformidad perfecta de su espíritu con el de Jesucristo.

2°- Sus acciones / Como Jesucristo, no debe emplearse sino en los negocios de su Padre Celestial, hacer en todo lo que ve que le place; frecuentemente, en el exterior, sus acciones son las mismas de los otros hombres; pero los motivos son diferentes. En sus acciones, hasta las mas animales, es la Gloria de Dios lo que la hace obrar; su corazón va siempre hacia aquellos que glorifican a Dios, aunque sea a sus expensas.

3°- Los sufrimientos. Los recibe con paz, los abraza con un santo transporte de alegría, de cualquier naturaleza que ellos sean. Sufrir con Jesucristo y por Jesucristo le parece la suerte más gloriosa. Sufrir es lo que la hace soportar mas pacientemente su destierro en medio del mundo, no hay para ella más dulce satisfacción que ver que ella es objeto de horror para el mundo, y que el mundo es un objeto de horror para ella. “El mundo está crucificado para mí como yo estoy crucificado para el mundo”. (Gal. VI, 14). Contempla a Jesucristo en la cruz, y su deseo, el mas ardiente, es morir con El, por El, y como El sobre la cruz. Esforcémonos por entrar en estos sentimientos. “Tened en vosotras los sentimientos de Jesucristo”. (Phil. II, 5). Es así como corresponderemos a la sublimidad de nuestra vocación.

Así sea.